

No más sonido que la rodadura  
suave y veloz de un coche  
sobre la carretera,  
el pájaro invisible  
en el laurel intonso que lo abraza,  
la pulsión de la sien contra la almohada.

El sol recorre el espacio  
y los follajes rumian,  
se atraviesa una nube  
y los follajes callan.

Intermitencias: suspensión del viento  
o viento  
desatado.

La soledad extiende sus alfombras.

Día-a, noche, día-a  
en el jardín desierto,  
en el verde desierto del jardín,  
palestra de infinito.

Falta el desorden, la espiral del caos  
para salir del pasmo, para salir del paso, moverse  
o quedarse

a vivir

en la pausa.

Â

Libro de los relatos no contados

La casa es una esponja.  
El ruido que la puebla  
hace nido en sus muros.

La estela de los dichos y los hechos,  
cometa repentino  
fluctuando por las grietas  
de un dovelaje mudo que refrenda  
la pulverización  
de los blasones.

Portazos, tonos confesionales, tintineos  
de cucharas y platos,  
campanillas,  
consolas, pianos, voces  
de múltiple volumen y espesor,  
retumbos de mudanza.

Más un buen día-a la casa  
se anima a declarar  
por la infinita boca  
de sus porosidades.

«Aparecidos», dicen unos,  
y otros

